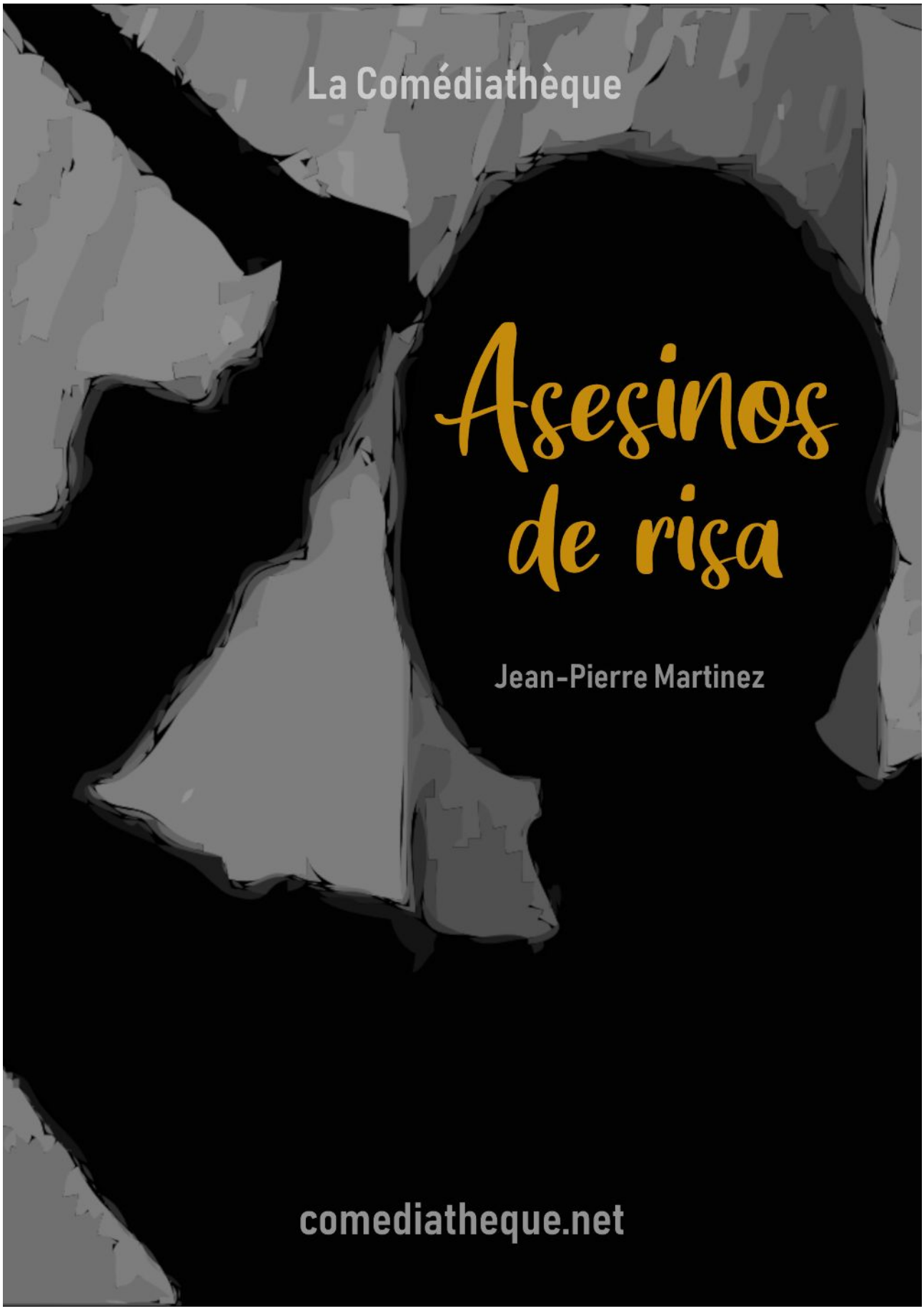

La Comédiathèque
Asesinos de risa
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Asesinos de risa

Comedia de sketches

Jean-Pierre Martinez

Ser asesino a sueldo es una profesión poco conocida, pero de indudable utilidad pública. Y un oficio con futuro, sobre todo en tiempos de crisis. En un bar se cruzan varios profesionales de este noble gremio con clientes cuyos motivos son tan variados como sorprendentes. Y tú, si pudieras quitarte de en medio a una sola persona sin que nadie te pidiera cuentas, ¿lo harías? ¿A quién elegirías?

1. Contrato.....3
2. Bloody Mary.....8
3. Regalo.....12
4. Sindicalismo.....15
5. Elogio fúnebre.....17
6. El salvador.....19
7. Duelo.....22
8. Mala suerte.....24
9. Inocentada envenenada.....26
10. Memorias.....28
11. Lola.....31
12. Firmas.....34

24 personajes

Reparto muy flexible en número y género.
Cada intérprete puede asumir varios papeles.
Casi todos los personajes pueden ser hombres o mujeres.
De 2 a 24 intérpretes.

© La Comédiathèque

1. Contrato

Dos personajes están sentados a una mesa de bar, cada uno con una copa de vino tinto.

Uno – ¡Venga, salud!

Dos – ¡Salud!

Beben un sorbo. El primero hace una mueca. El otro parece disfrutarlo.

Uno – Está malísimo, ¿no?

Dos – Sí, pero para mí tiene sabor a libertad.

Uno – ¿Por qué? ¿Acabas de salir de la cárcel?

Dos – Casi. Tengo a mis suegros en casa de vacaciones. He conseguido escaparme una hora.

Uno – Uf, vaya faena.

Dos – Les he dicho que iba a comprobar el nivel de aceite del coche.

Uno – Pero ¿tu coche no es eléctrico?

Dos – Sí... Imagínate lo desesperado que estoy.

Uno – Ya veo...

Dos – Llevan aquí dos días y ya no los soporto. Sobre todo a mi suegro...

Silencio.

Uno – ¿Quieres que te quite ese problema de encima?

Dos – ¿Que te los lleves a tu casa? Si mi mujer está de acuerdo, te los regalo. ¡Y hasta te pago! El doble de lo que cuesta una habitación en una casa rural. Porque te aseguro que son insoportables.

Uno – No. Quiero decir... hacerlos desaparecer.

Dos – ¿Desaparecer? ¿Eres mago? El problema de los magos es que hacen desaparecer a alguien y a los cinco minutos vuelve a aparecer. ¿De qué me sirve eso? Además, tú no eres mago, ¿verdad?

Uno – No, claro. Yo hablo de hacerlos desaparecer... para siempre.

El otro se queda un momento desconcertado.

Dos – Muy gracioso.

Uno – No estoy bromeando.

Dos – ¿Definitivamente...?

Uno – Conozco a alguien que puede encargarse, si quieres.

Dos – ¿Me estás tomando el pelo?

Uno – Para nada.

Dos – ¿Un asesino a sueldo, dices?

Uno – Lo haría como un favor. Aunque no gratis, naturalmente.

Dos – ¿Tú conoces asesinos a sueldo?

Uno – No conozco a muchos asesinos a sueldo. Solo conozco a uno.

Dos – Pues yo no conozco a ninguno. ¿Dónde conociste a ese tipo?

Uno – En la cárcel.

Dos – ¿En la cárcel?

Uno – Compartimos la misma celda durante tres años.

Dos – ¿Estuviste en la cárcel?

Uno – Pues sí.

Dos – ¿Y por qué?

Uno – ¿Por qué?

Dos – ¿Por qué te metieron en la cárcel? ¿Qué habías hecho?

Uno – Intento de asesinato.

Dos – ¿Intento?

Uno – Fallé. No tenía mucho talento. Pero él es un profesional. Ha mandado al otro barrio a más de uno, te lo aseguro.

Dos – Me estás tomando el pelo…

Uno – Para nada.

Dos – ¿Estás hablando en serio?

Uno – Más en serio que nunca.

El otro digiere la información.

Dos – Qué fuerte. Creía que los asesinos a sueldo solo existían en las películas. O sea, llamas, haces un pedido como quien pide una pizza y...

Uno – Exactamente. Se llama contrato.

El otro vuelve a reflexionar.

Dos – Un contrato... ¿Y cuánto costaría? Por curiosidad, nada más, ¿eh?

Uno – Depende...

Dos – ¿Depende de qué?

Uno – Para empezar, ¿es solo uno o los dos? Porque dices que es sobre todo tu suegro el que...

Dos – No sé. ¿Cuánto sería por persona?

Uno – Tendría que preguntarle... Pongamos unos ocho mil quinientos euros.

Dos – Pues para ser una estimación, es bastante precisa.

Uno – Si son los dos, seguro que te hace un descuento.

Dos – ¿Cuánto?

Uno – Por la pareja... unos quince mil.

Dos – Con IVA incluido, supongo.

Uno – Si no quieres factura, lo más cómodo es pagar en efectivo.

Dos (*pensativo*) – De acuerdo…

Uno – ¿Quieres que se lo comente?

Dos – ¡No, hombre, no! He dicho «de acuerdo» como quien dice «ya veo». No es que esté de acuerdo. Ni mucho menos. *(Pausa.)* Aunque reconozco que la idea tiene su atractivo...

Uno – Sí.

Dos – Además, es arriesgado, ¿no? Quiero decir... el crimen perfecto no existe.

Uno – ¿Qué te hace decir eso?

Dos – No sé… Eso es lo que dicen.

Uno – Por definición, un crimen perfecto nunca se clasifica como crimen: parece un accidente, una muerte natural o un suicidio. Así que no tenemos forma de saber si existen los crímenes perfectos. Y por eso se dice que no existen.

Dos – Claro... Para no dar ideas.

Uno – Vete a saber. A lo mejor, de cada cien personas que mueren, diez han sido víctimas de un crimen perfecto y nadie se ha enterado.

Dos – ¿Tú crees?

Uno – En cualquier caso, he conocido a bastante gente que ha cometido crímenes perfectos.

Dos – ¿Ah sí? ¿Y dónde los conociste?

Uno – En la cárcel.

Dos – Si habían cometido crímenes perfectos, ¿qué hacían en la cárcel?

Uno – No, pero estaban en la cárcel por otra cosa.

Dos – Pues no me tranquiliza mucho. Voy a pensármelo. Además, quince mil euros es un buen dinero...

Pausa.

Uno – ¿Y tus suegros piensan pasar las vacaciones en tu casa todos los años?

Dos – Sí... Por eso no te he dicho que no desde el principio.

Uno – Como quieras.

Dos – Pero tampoco quiero acabar en la cárcel, como tú.

Pausa.

Uno – También existe la posibilidad del secuestro.

Dos – ¿Un secuestro?

Uno – Es menos definitivo, pero si te pillan, la condena es menor. Y puedes pedir un rescate.

Dos – ¿Un rescate?

Uno – Con el rescate puedes pagar al secuestrador. No te costaría nada. Si te organizas bien, incluso podrías ganar dinero.

Dos – ¿Un rescate? ¿A quién se lo pediríamos?

Uno – Eso no lo sé…

Dos – ¿Quién pagaría para que soltaran a mi suegro? Mi suegra, tal vez. Y ni siquiera estoy seguro. Además, no tiene un duro.

Uno – ¿No tienen otros hijos?

Dos – Sí, mi cuñado y mi cuñada. Llegan la semana que viene.

Uno – ¿También pasan las vacaciones en tu casa?

Dos – Sí, lamentablemente.

Uno – Joder...

Dos – Eso digo yo.

Pausa.

Uno – No me digas que también quieres librarte de ellos.

Dos – Depende... ¿Por cuatro me haría una rebaja importante?

Uno – Tampoco hay que llamar tanto la atención. ¿Hay mucha más gente de la que querrías deshacerte?

Dos – A mis padres tampoco los aguanto... Y no hablemos de mis dos hermanas y sus maridos, que son unos gilipollas.

Uno – ¿Ellos también vienen de vacaciones a tu casa?

Dos – Ah, no, esos no están invitados. Pero me sacan de quicio igualmente. Y cuando acaben las vacaciones, está mi jefe...

Uno – Mi amigo es un asesino a sueldo, no una empresa de exterminio.

Dos – Ya... Y mientras quede alguien que me saque de quicio... Mejor no empiezo, porque no acabaría nunca. Y encima no me lo puedo permitir.

El otro se levanta.

Uno – Pues entonces, me voy.

Dos – Yo también. Tengo a toda la familia esperándome en casa...

Uno – Bueno... Que disfrutes de las vacaciones.

Dos – Gracias…

Uno – Y si cambias de opinión, tienes mi número.

Dos – Vale. Oye, ¿y tú con quién pasas las vacaciones?

Uno – Con mi mujer. Nada más.

Dos – No me digas que a los demás...

Uno – Si te lo dijera... dejaría de ser un crimen perfecto.

El primero se marcha. El otro se queda pensativo un instante antes de irse también.

2. Bloody Mary

Una mujer elegante está sentada sola a una mesa, ante una copa de cóctel vacía. Se acerca un hombre.

Él – Hola. ¿Puedo invitarte a una copa?

Ella – A dos o tres, si te apetece.

Él – No sé si llevo tanto dinero encima.

Ella – Empecemos con una, entonces. ¿Cómo te llamas?

Él – Francisco, pero puedes llamarme Paco. ¿Y tú?

Ella – Mary. Pero tú llámame como quieras.

Él – Bueno... ¿Qué te apetece tomar, Mary?

Ella – Otro Bloody Mary.

Él – Un cóctel... Eso será caro, ¿no?

Ella – No tengo ni idea. *(Señala a un hombre entre el público.)* Me lo ha invitado aquel señor.

Él – Ah, claro…

Le dedica una sonrisa seductora al hombre al que ha señalado y vuelve a mirar a su interlocutor.

Ella – ¿Entonces?

Él – Ah, sí, perdona... *(Se registra los bolsillos.)* Estoy tan acostumbrado a que me den calabazas que ni siquiera sé si me llega. Me he gastado las últimas monedas en veneno.

Ella – Pareces un poco desesperado, pero no creo que el suicidio sea la solución.

Él – No, no... No es para mí.

Ella – ¿Quieres envenenar a alguien?

Él – Sí... Bueno, no. Es veneno para hormigas.

Ella – Ya veo... Si andas justo de dinero, puedo conformarme con un café.

Él – En realidad, creo que no tengo nada de dinero encima.

Ella – ¿Es tu truco para que te inviten a ti?

Él – A veces funciona.

Ella – Pues parece que hoy te ha salido bien. ¿Qué tomas?

Él – Lo mismo que tú.

Ella – Tienes gustos caros para alguien que no puede invitar a una mujer a una copa.

Él – A veces tengo dinero, ¿eh? Pero mi trabajo tiene sus altibajos.

Ella – ¿Y a qué te dedicas?

Él – Soy asesino a sueldo.

Ella – Ya veo... Así que ahora el negocio está bastante muerto.

Él – Exacto.

Ella – ¿Y has matado a mucha gente en tu vida?

Él – Unos cuantos.

Ella – ¿Y tienes algún encargo entre manos? Aparte de las hormigas...

Él – Entenderás que no puedo hablar de eso.

Ella – Por supuesto... Secreto profesional.

Él – Lo siento.

Ella – No veo al camarero...

Él – Me ocupo de ello.

Se levanta.

Ella – Tomaré otro contigo. Dile al camarero que lo cargue todo a la cuenta del señor...

Señala al hombre del público que supuestamente le pagó la primera copa. Él se aleja hacia los bastidores. Ella aprovecha para coquetear con el otro hombre. Él regresa con dos Bloody Marys y se sienta.

Él – Aquí tienes.

Ella – ¡A tu salud!

Él – ¡A la tuya!

Él se dispone a beber.

Ella – Creo que le has gustado a alguien.

Él – ¿Perdón?

Ella señala a una mujer del público.

Ella – ¿No te has fijado? No deja de mirarte...

Él – ¿Estás segura?

Él mira a la mujer del público. Ella aprovecha para intercambiar las copas.

Ella – Si conmigo no tienes suerte, prueba con ella... Parece más de tu presupuesto.

Él – ¿Por qué no…?

Ella – ¡Por tu próxima víctima!

Brindan y beben.

Él – Gracias por el cóctel.

Ella – Perdona la curiosidad, pero es la primera vez que conozco a un asesino a sueldo...

Él – Cuando conoces a un asesino a sueldo, la primera vez suele ser también la última.

Ella – ¡Es verdad! No había pensado en eso.

Él vuelve a beber.

Él – ¿Qué quieres saber?

Ella – Si tuvieras que matar a una mujer, ¿cómo lo harías?

Él – Hay muchas formas, pero con una mujer hay que tener cierta elegancia. Un poco de estricnina en la copa, por ejemplo...

Ella sonríe.

Ella – Sé para quién trabajas.

Él – ¿Ah, sí?

Ella – Y sé que te han contratado para matarme.

Él – ¿Por qué alguien querría matarte?

Ella – Yo también soy asesina a sueldo. Me llaman Bloody Mary.

Él – Ya veo…

Ella – Eres el tercer asesino a sueldo que mandan a por mí. Los otros dos tenían bastante menos gracia que tú.

Él – Y… ¿qué les pasó?

Ella – Se murieron. De repente...

Él – Y tú sigues viva…

Ella – Ya lo ves. Más viva que nunca.

Él – No por mucho tiempo.

Ella – ¿Y qué te hace decir eso?

Él – He echado estricnina en tu copa.

Ella – Y yo he cambiado las copas mientras babeabas mirando a esa mujer.

Él – Ah…

Ella – Tranquilo, será muy rápido.

Él rebusca en sus bolsillos y saca dos sobres que compara.

Él – Mierda…

Ella – ¿Qué?

Él – He confundido los sobres. Lo que puse en tu copa... o sea, en la que me he bebido yo... no era estricnina. Era veneno para hormigas.

Ella – Entonces era verdad. ¿También tienes un contrato para exterminar un hormiguero?

Él – No, es que tengo la casa llena de hormigas. No sabes lo molestas que son.

Ella – Por suerte, tú no eres una hormiga.

Él – Aunque a las hormigas tampoco parece hacerles mucho efecto...

Ella – Pues aprovecha y termina tu cóctel envenenado.

Él – De todas formas, me encuentro un poco raro.

Ella – ¿Raro? ¿Más de lo normal?

Él – Noto como un... hormigueo en los brazos.

Ella – ¿Hormigueo?

Él – Y, por lo visto, también es laxante. Perdona, tengo que irme.

Ella – Ha sido un placer. Quizá nos veamos otro día...

Él sonríe con dificultad y sale a toda prisa.

3. Regalo

Un personaje espera a una mesa. Hay una botella de champán en una cubitera y dos copas. Llega otro personaje.

Uno – ¿Llevas mucho tiempo aquí?

El otro se levanta.

Dos – Cinco minutos. ¿Qué tal?

Se saludan con dos besos y vuelven a sentarse.

Uno – Muy bien. ¿Y tú?

Dos – Bien.

Uno – ¿Champán? ¿Qué celebramos?

Dos – ¿No lo adivinas?

Uno – Ah, claro... ¿Y qué se siente al cumplir un año más?

Dos – Te has acordado... Qué detalle.

Uno – Y no solo eso... *(Saca un sobre del bolsillo y se lo entrega.)* Toma. No sabía qué regalarte, así que...

El otro parece ponerse a la defensiva.

Dos – ¿Un sobre? ¿Qué es?

Uno – Ábrelo y lo verás…

Dos – Brindemos primero, mientras está bien frío.

Llena las dos copas. Brindan.

Uno – ¡Venga, feliz cumpleaños!

Dos – ¡Gracias! ¡A tu salud!

Beben.

Uno – Bueno, ¿vas a abrirlo o no?

El otro sigue sin mostrar demasiado entusiasmo.

Dos – Ah, sí, claro… Me tienes intrigado… ¿Qué puede ser?

Abre el sobre.

Uno – No sabía qué te haría ilusión. Al menos esto es original.

Dos – No será otro vale para saltar en paracaídas, ¿verdad?

Saca un papel del sobre y lo mira.

Uno – ¿Y bien?

Dos – Un vale regalo... para contratar a un asesino a sueldo.

Uno – Te lo dije… es original.

Dos (*leyendo*) – «Elimine a quien quiera...»

Uno – Solo tienes que escribir en el recuadro el nombre del beneficiario.

Dos – ¿Del beneficiario?

Uno – ¡De la persona de la que siempre has querido librarte!

Dos – Ah, claro...

Uno – Y para asegurarte de que no haya errores, también puedes añadir la dirección y adjuntar una foto.

Dos – Entendido...

Uno – ¿Te gusta?

Dos – Sí, es... Desde luego, original sí que es.

Uno – Y… ¿ya tienes una idea?

Dos – ¿Una idea?

Uno – ¡El nombre de la persona que vas a poner en la casilla!

Dos – Ah, yo… No, todavía no… Tendré que pensarlo...

Uno – Pero atención: solo puedes escribir un nombre. Y no podrás volver a contratar el servicio. Lo pone bien claro en el contrato.

Dos – Ah, claro...

Uno – Después, podría resultar sospechoso, ya sabes.

Dos – Por supuesto. Bueno… Sí, lo pensaré…

Uno – Y no tardes demasiado, que solo vale durante un año.

Dos – De acuerdo...

Uno – Se comprometen a cumplir el encargo en los seis meses siguientes a la entrega del formulario. ¡Satisfacción garantizada o te devolvemos el dinero!

Dos – Sí, sí, es... un regalo estupendo.

Uno – Algún nombre tendrás en mente. Si solo pudieras quitarte de en medio a una persona...

Dos – Tengo un nombre en mente, pero…

Uno – Ojo, tiene que ser alguien corriente, ¿eh? Nada de presidentes, estrellas de la televisión ni famosos. Alguien de la familia, por ejemplo. O un amigo...

Dos – ¿Un amigo?

Uno – Un amigo que te haya traicionado.

Dos – ¿Traicionado?

Uno – Un tipo que se haya acostado con tu esposa, por ejemplo.

Dos – ¿Estás insinuando que mi esposa me engaña?

Uno – ¡Qué va! Es un ejemplo. Puede ser tu suegra, tu jefe, el de Hacienda... O tu mujer, sin ir más lejos.

Dos – ¿Porque me engaña?

Uno – Porque no la soportas y quieres ser libre, pero sin pagarle una pensión de por vida.

Dos – Me llevo muy bien con mi esposa.

Uno – No me digas que no hay nadie sin quien tu vida sería más agradable.

Dos – ¿Hasta el punto de matarlo? No, no se me ocurre nadie…

Uno – A veces eres desesperante. No sé... Alguien que te saque de tus casillas.

El otro empieza a perder la paciencia.

Dos – ¿Alguien que me saque de mis casillas? ¿Como quien me regala todos los años una estupidez por mi cumpleaños?

Uno – ¿Te parecen una estupidez mis regalos?

Dos – El año pasado, un vale para diez sesiones de prueba con un psicoanalista. ¡Y el anterior, para organizar mi propia desaparición!

Uno – Que, por cierto, tampoco utilizaste.

Pausa.

Dos – Voy a escribir tu nombre...

El otro lo observa escribir en el papel, con expresión inquieta.

Uno – Bueno, tampoco tienes que decidirlo ahora. ¿Te sirvo un poco más?

4. Sindicalismo

Un personaje está tomando una copa en una mesa. Otro personaje llega.

Uno – Hola. ¿Estás solo?

Dos – Al parecer, somos los primeros.

Uno – No sé si vendrá mucha gente. Te confieso que yo mismo dudé un poco en venir.

Dos – Es la primera reunión. Quizás no lograron avisar a todos a tiempo.

Uno – Espero que la policía no se haya enterado.

Dos – Pues sí... Un sindicato de asesinos a sueldo. No sé si es buena idea.

Uno – Juntos podríamos defender mejor nuestros intereses, pero...

Dos – ¿Qué intereses?

Uno – Acordar unas tarifas, por ejemplo. Así evitamos hacernos la competencia tirando los precios.

Dos – Pero podrían acusarnos de formar un cártel.

Uno – ¿Un cártel ilegal?

Dos – Tienes razón, lo de ilegal es redundante. Trabajamos en la ilegalidad.

Uno – Como las prostitutas.

Dos – Creo que ellas han conseguido cotizar a la Seguridad Social y tener derecho a jubilación.

Uno – ¿Crees que algún día el Estado reconocerá nuestra profesión?

Dos – Y hasta podría declararla de utilidad pública. Al fin y al cabo, el crimen ha existido siempre y siempre existirá.

Uno – Es el oficio más antiguo del mundo. Más que la prostitución.

Dos – Es verdad. ¿Ya había alguien haciendo la calle cuando Caín mató a Abel?

Uno – Debería haber contratado a un profesional. Se habría ahorrado muchos disgustos.

Dos – Si matar es un oficio, ¿por qué no regularlo por ley?

Uno – Claro que nos dirían que no es democrático: solo los ricos podrían permitirse mandar matar a quien les molesta.

Dos – A menos que lo cubra la sanidad pública.

Uno – ¿Que lo pague la Seguridad Social?

Dos – No sé…

Pausa.

Uno – Y entonces, ¿cómo va el negocio?

Dos – Últimamente está bastante muerto.

Uno – ¿Cuál fue tu último trabajo?

Dos – Una mujer que no se atrevía a suicidarse. Quería que lo hiciera yo.

Uno – Un encargo fácil. Al menos nadie iba a quejarse.

Dos – Eso creía yo. A última hora cambió de opinión. Como ya había pagado, me pidió que matara a su marido. Y ahora parece que le va de maravilla... *(Pausa.)* ¿Y tú?

Uno – Un hombre me contrató para acabar con una anciana a la que había comprado su casa a cambio de una renta vitalicia. Ya tenía cien años.

Dos – Qué mala suerte. Pero ahí sí que nuestra profesión presta un verdadero servicio social.

Uno – Justo después de firmar el contrato para ayudarla a morir dignamente, la mujer murió haciendo puenting.

Dos – ¿Haciendo puenting?

Uno – Se lo regalaron sus nietos por su centenario.

Dos – ¿Se rompió la cuerda?

Uno – No. Se le paró el corazón.

Dos – Vaya, qué pena.

Uno – Total, que el cliente me pidió que le devolviera el dinero.

Dos – ¿Y qué hiciste?

Uno – Un contrato es un contrato.

Dos – Después de todo, la mujer murió.

Uno – Pero no hubo manera de hacérselo entender. Así que, en vez de matar a la anciana, acabé cargándome al cliente.

Dos – Matar a tus clientes no es bueno para el negocio.

Uno – Por eso necesitamos un sindicato que resuelva estos conflictos laborales...

Pausa. Se oye una sirena de policía.

Dos – Ah, creo que finalmente no estaremos solos...

5. Elogio fúnebre

Dos personajes están sentados a la mesa, con expresión sombría. Silencio.

Uno – En fin... Otro compañero que se nos va.

Dos – Lo vamos a echar de menos.

Uno – Los mejores son los primeros en irse.

Dos – Sí... *(Pausa.)* Aunque, en su caso, no sé si era de los mejores...

Uno – Bueno, un compañero es un compañero. Y nuestro oficio no es fácil.

Dos – Y tan poco reconocido.

Uno – Con todo, se le cogía cariño.

Dos – Sí.

Uno – No me he enterado muy bien. ¿Cómo murió exactamente?

Dos – Accidente de trabajo.

Uno – ¿Un accidente?

Dos – Se tragó por error el veneno que había preparado para una de sus víctimas.

Uno – Vaya... ¿Qué tipo de veneno?

Dos – No te lo vas a creer, pero por lo visto era veneno para hormigas.

Uno – ¿Hormigas?

Dos – Sí...

Pausa.

Uno – No, desde luego no era de los mejores.

Dos – Hasta perjudicaba la imagen profesional que intentamos dar.

Uno – Sí, ya era hora de que se retirase.

Dos – Se lo dije mil veces: «Cambia de oficio». Estaba claro que no valía para esto.

Uno – Si yo te contara las meteduras de pata que tuvo...

Dos – Una vez tenía que matar al marido de una mujer y envenenó al amante.

Uno – ¿Cómo terminó eso?

Dos – Pues acusaron al marido de matar a su rival y acabó en la cárcel.

Uno – En cierto sentido, logró librarla de su marido.

Dos – Sí... pero su amante estaba muerto.

Uno – Ese tipo era una vergüenza para nuestro oficio.

Dos – Debería haber cursos de formación.

Uno – Y un título oficial.

Dos – Y un colegio profesional que expulse a las ovejas negras.

Uno – En fin, ya no hará daño a nadie.

Dos – No.

Pausa.

Uno – Era buena persona, eso sí.

Dos – Buena persona, pero un inútil.

Uno – Sí...

Vacían sus copas.

6. El salvador

Un personaje está sentado despreocupadamente a una mesa, con una jarra y un vaso delante. Abre un periódico. Entra otro, con una pistola en la mano, tratando de no ser visto. Va mascando chicle. El primero no lo ve porque está oculto tras el periódico. El hombre armado le apunta, pero de repente se atraganta con el chicle y empieza a ahogarse. El primero baja el periódico y acude a socorrerlo, dándole palmadas en la espalda.

Uno – ¿Estás bien?

El hombre armado sigue sin poder respirar. El otro se coloca detrás de él y le practica la maniobra de Heimlich. Por fin escupe el chicle y recupera el aliento.

Uno – ¿Mejor?

Dos – Me he atragantado con el chicle.

Uno – Lo importante es que ya estás bien.

Dos – Si no llegas a estar aquí... *(Tose.)* Y si no hubieras sabido qué hacer...

Uno – La maniobra de Heimlich. La vi en la tele. Nunca la había probado, pero parece que funciona.

Dos – Me has salvado la vida.

Uno – No exageres.

Dos – Sí, sí...

Uno – ¿Quieres beber algo para reponerte?

Dos – Procuraré no atragantarme otra vez...

Le sirve un vaso de la jarra. El hombre armado, que todavía sostiene la pistola con la mano derecha, coge el vaso con la izquierda y bebe con avidez.

Dos – Esto sienta bien.

Uno – Me alegro... *(Pausa.)* Pero, si se puede saber, ¿qué haces con esa pistola?

Dos – Ah, sí, la pistola... Yo...

Uno – ¿Ibas a atracar el bar?

Dos – Es que...

Uno – Un bar de barrio como este... No creo que haya mucho dinero en la caja. ¿Merece la pena acabar en la cárcel por cuatro duros?

Dos – Claro...

Uno – Si andas mal de dinero, puedo echarte una mano.

Dos – ¿Harías eso? Quiero decir... No, no puedo aceptar, pero...

Uno – ¿Pero qué? Lo hago de corazón.

Pausa.

Dos – En realidad soy asesino a sueldo. He venido a matarte.

Uno – Ah... ¿Y por qué?

Dos – Nada personal, te lo aseguro. Es mi trabajo.

Uno – Lo entiendo...

Dos – Pero ahora que me has salvado la vida... Claro, me has puesto en un aprieto.

Uno – Perdona por complicarte las cosas. Igual no debería haberte ayudado...

Dos – Sí, sí, pero... *(Pausa)* Eres una buena persona, ¿verdad?

Uno – Ayudo a los demás cuando puedo.

Dos – ¿Por qué alguien querría matar a alguien como tú?

Uno – Confiaba en que me lo dijeras tú.

Dos – Nuestros clientes no siempre nos explican los motivos. Quieren resultados. Y nosotros, cobrar. A veces es mejor no saber demasiado.

Uno – No debe ser un trabajo fácil.

Dos – Eres tan amable... Entiendo que a la larga puedas sacar a alguien de quicio. Pero de ahí a poner precio a tu cabeza...

Uno – No quiero causarte problemas. Haz lo que tengas que hacer.

Dos (*irritado*) – Sí, claro, pero ¡me has salvado la vida!

Uno – Lo siento.

Dos – Como vuelvas a decir que lo sientes, te pego un tiro.

Uno – Perdón, es que... ¿Y ahora qué hacemos?

Dos – No sé... Tengo que pensarlo... Un contrato es un contrato...

Deja la pistola sobre la mesa y empieza a masajearse el brazo derecho.

Uno – ¿Estás bien?

Dos – Sí, pero no sé qué me pasa. Desde esta mañana me duele un poco el brazo derecho...

Uno – ¿Te duele el brazo?

Dos – Como dormido.

Uno – ¿Tienes problemas de erección?

Dos – ¿De erección?

Uno – Perdón, de dicción. ¿Te cuesta hablar?

Dos – No más de lo normal.

Uno – ¿Y la vista?

Dos – Ahora que lo dices, últimamente veo un poco borroso...

Uno – Con eso no se juega. Podrías estar sufriendo un ictus.

Dos – ¿Un ictus?

Uno – Un accidente cerebrovascular. Los síntomas encajan. Mejor no arriesgarse. Voy a llamar a una ambulancia...

Dos – ¿Estás seguro?

Uno – Un ictus puede ser mortal. Cuanto antes te atiendan, menos secuelas puede dejar. *(Marca un número.)* Me han puesto en espera... ¿Sigues bien?

Dos – Sí... He venido para matarte y ya me has salvado la vida dos veces en cinco minutos.

Uno – Ah... *(Ve algo bajo la mesa.)* Dicen que no hay dos sin tres... ¡No te muevas!

Da un pisotón bajo la mesa, se agacha y levanta una serpiente, que muestra al otro.

Dos – ¿Qué es eso?

Uno – Una víbora. Es raro ver una en la ciudad, pero podría haberte matado...

El otro está completamente atónito.

Dos – No sé qué decirte...

Uno – No hace falta que me des las gracias.

Dos – No pensaba dártelas. Es más, cada vez tengo más ganas de matarte...

El otro finalmente tiene a alguien en la línea.

Uno – Disculpa un momento... ¿Hola, emergencias?

7. Duelo

Una mesa y dos sillas. Un personaje entra por la derecha y otro por la izquierda, ambos con precaución y con mascarilla.

Uno – ¿Es usted el señor Martín?

Dos – Eh... Sí.

El primero saca una pistola.

Uno – Soy asesino a sueldo y me han encargado eliminarle. Lo siento...

Su interlocutor también saca una pistola.

Dos – ¡Vaya casualidad! Yo también soy asesino a sueldo y tengo un contrato para matarte a ti.

El primero, sorprendido, se quita la mascarilla.

Uno – ¿Manolo?

Dos (*quitándose también la mascarilla*) – ¿Paco?

Uno – Me parecía que había reconocido tu voz.

Bajan las armas y se saludan con dos besos.

Dos – ¿Cómo estás?

Uno – Bien. Me he mudado al sur. A veces vuelvo a la capital para hacer algún trabajillo.

Dos – Por eso no se te ve tanto. ¿Y qué tal te va por el sur? ¿Hay mercado?

Uno – Trabajo no falta. Pero hay mucho aficionado. La gente prefiere arreglar las cosas en familia o entre amigos. Casi nadie recurre a un profesional.

Dos – Y luego la mitad acaba en la cárcel.

Uno – Así es... ¿Y tú?

Dos – No me quejo. Últimamente el negocio está un poco muerto, pero...

Uno – Hay gente que espera que las enfermedades hagan el trabajo por ellos. Y gratis.

Dos – Claro. Se está hundiendo el mercado de las residencias y de las rentas vitalicias.

Uno – Sí... También para nuestra profesión es una época difícil.

Dos – Y encima el Estado no nos da ayudas.

Uno – Ya, pero ¿qué hacemos ahora?

Dos – Si empezamos a matarnos entre nosotros, ¿adónde vamos a llegar?

Uno – En cualquier caso, un contrato es un contrato.

Dos – Tienes razón.

Ambos apuntan sus armas de nuevo el uno al otro.

Uno – Me alegro de haberte visto una última vez, viejo amigo.

Dos – Yo también...

Disparan al mismo tiempo. Se oyen dos detonaciones amortiguadas y ambos caen al suelo.

8. Mala suerte

Un personaje está sentado en una mesa frente a un vaso lleno y otro vacío. Al lado, hay una cubitera con una botella de champán. Otro personaje llega.

Uno – Bond. James Bond.

Dos – Con licencia para matar.

Uno – Una contraseña para cinéfilos...

Dos – Mi saga favorita. ¿Te sirvo una copa?

Uno – Con mucho gusto.

El otro sirve champán. Brindan.

Dos – Por nuestro contrato.

Uno – Todavía no he aceptado. ¿De qué se trata exactamente?

Dos – De matar a alguien.

Uno – Soy asesino a sueldo. Para eso suelen llamarme. Pero ¿a quién quieres liquidar?

Dos – A mí mismo.

Uno – ¿Perdón?

Dos – Ya sé que no es habitual. Pero para ti, ¿qué cambia?

Uno – Nada, es verdad.

Dos – Todo son ventajas: la víctima está de acuerdo, nadie va a reclamar y no tendrás problemas.

Uno – En nuestro oficio nunca hay garantías. Pero dime una cosa: ¿por qué no lo haces tú?

Dos – Porque simplemente no tengo el valor.

Uno – Te entiendo. Una cosa es matar a alguien y otra quitarse la vida. Si alguna vez quisiera acabar con todo, yo también contrataría a un colega.

Dos – Además, no quiero que mis seres queridos se sientan culpables. Con un suicidio siempre quedan preguntas: «¿Por qué no me di cuenta? ¿Podría haberlo evitado?».

Uno – Claro.

Dos – Un accidente, incluso un asesinato, es más fácil de encajar.

Uno – Cada vez recibimos más encargos así. Al principio me costaba, pero... si puedes ayudar a alguien...

Dos – Te aseguro que me harás un gran favor.

Uno – Si no es indiscreción... ¿Por qué?

Dos – Por cansancio. Tengo la sensación de que ya he hecho todo lo que tenía que hacer en esta vida.

Uno – ¿Y si cambiaras de opinión?

Dos – Por desgracia, cada día que pasa me reafirma más.

Uno – Si cambias de opinión, mándame un mensaje.

Dos – De acuerdo.

Saca un sobre y lo deja sobre la mesa.

Dos – Aquí tienes, como acordamos.

Uno – Muy bien.

Dos – ¿No lo cuentas?

Uno – Adonde vas, ¿de qué te servirían unos euros que no me hubieras pagado?

Dos – Es cierto.

Uno – Pareces buena persona. Me dará pena...

Dos – Tú también me caes bastante bien. Y ya que estamos, me alegra que seas tú quien lo haga...

Uno – Como te he dicho, tengo un mes para cumplir el contrato. Puede ser mañana o dentro de cuatro semanas. No sabrás ni cuándo ni dónde...

Dos – ¿Y si te pasa algo antes?

Uno – ¿Algo?

Dos – Que mueras antes que yo.

Uno – Es poco probable, pero en ese caso, me temo que tendrás que seguir viviendo un poco más.

Dos – Entonces, cuídate bien.

El asesino se levanta, se despide con un gesto y sale. El otro se termina la copa. Se oye un chirrido de neumáticos seguido de un choque.

Dos – Vaya... Ya van tres esta semana.

9. Inocentada envenenada

Dos sillas y una mesa con una jarra y un vaso. Entra un personaje con mascarilla. Luego entra otro, también con mascarilla. Tras un instante de vacilación, el primero se dirige al segundo en tono de complicidad.

Uno – Los idiotas se atreven a todo...

Dos – Por eso son tan fáciles de reconocer.

Uno – Menuda contraseña más rara.

Dos – Pero la ha recordado, ¿no?

Uno – Bueno. Como le dije, se paga por adelantado.

El otro le entrega un sobre.

Dos – Aquí tiene.

Uno – ¿Cuál es el nombre de la víctima?

Dos – Juan Martín.

Uno – Vaya, qué curioso.

Dos – ¿Qué pasa?

Uno – Nada... Bueno, no debería decírselo, porque se supone que no tiene que conocer mi nombre, pero... es mi tocayo.

Dos – ¿Su tocayo?

Uno – Yo también me llamo Juan Martín. Es un nombre bastante corriente...

Dos – No es su tocayo.

Uno – Le digo que yo también me llamo Juan Martín.

Dos – Lo sé. Y es a usted a quien hay que eliminar.

Uno – ¿A mí?

Dos – Sí, a usted.

Uno – ¿Me está contratando para que me mate yo mismo?

Dos – Exactamente.

Uno – ¿Pero por qué?

Dos – Un contrato es un contrato, ¿no? Y ya le he pagado.

Uno – De acuerdo.

Dos – Tome. Incluso he traído el veneno.

Le pasa una bolsita.

Uno – ¿Qué es esto?

Dos – Veneno para hormigas.

Uno – De acuerdo.

Dos – ¿Puedo contar con usted?

Uno – Por supuesto...

El segundo se marcha. El primero se queda de piedra. Se sienta, reflexiona unos instantes y vierte el contenido del sobre en el vaso. Añade agua, remueve y está a punto de beber cuando el segundo regresa, muerto de risa y sin mascarilla.

Dos – ¡Inocente, inocente!

El que está sentado sale de su estupor y reconoce al otro.

Uno – ¡Serás gilipollas, Toni!

10. Memorias

Él está sentado a una mesa con un cuaderno delante. Parece absorto en sus pensamientos. Llega ella.

Ella – ¿Qué te pasa? Tienes una cara...

Él – Estaba pensando.

Ella – Ah, será por eso... *(Pausa.)* ¿Y en qué pensabas?

Él – Me preguntaba si no debería escribir mis memorias.

Ella – ¿Perdón?

Él – Mis memorias...

Ella – ¿Tus memorias?

Él – Mis memorias, sí. La historia de mi vida.

Ella – ¿Te encuentras bien?

Él – Sí, estoy bien, ¿por qué?

Ella – No sé... Como hablas de escribir tus memorias...

Él – No he dicho que quiera escribir mi testamento. He dicho mis memorias.

Ella – De acuerdo...

Él – Se pueden escribir unas memorias sin estar a punto de morirse. Y un testamento también.

Ella – Pero... Sigues siendo joven para escribir tus memorias, ¿no?

Él – ¿Cuándo quieres que las escriba? ¿Cuando esté muerto? ¿O cuando tenga alzhéimer?

Ella – ¿Tienes problemas de memoria?

Él – ¡No he dicho que tenga problemas de memoria! ¡He dicho que quiero escribir mis memorias!

Ella – Como has hablado del alzhéimer...

Él – Digo que para escribir unas memorias, hay que tener memoria.

Ella – Sí, pero también recuerdos que merezca la pena contar.

Él – ¿Y tú crees que no los tengo?

Ella – Quiero decir... ¿Y crees que eso le interesaría a alguien?

Él – Gracias por tu apoyo...

Ella – No eres Neil Armstrong. Tú no has pisado la Luna.

Él – Vale, no he pisado la Luna, pero también me han pasado cosas.

Ella – ¿Ah sí? ¿Cuándo?

Él – No sé... Quizás antes de conocerte.

Ella – De acuerdo.

Él – Y todo depende de cómo lo cuentes. Hasta una anécdota corriente, bien contada...

Pausa.

Ella – ¿Y... vas a hablar de mí?

Él – No sé... No necesariamente.

Ella – ¿Vas a escribir tus memorias y no vas a hablar de mí?

Él – Pues claro que hablaré de ti.

Ella – Entonces, vas a hablar de mí.

Él – Sí.

Ella – ¿Y qué vas a contar de mí?

Él – Eso no lo sé aún.

Ella – Pues a mí me gustaría saberlo, fíjate.

Él – Ni siquiera he empezado a escribir y ya quieres censurarme.

Ella – Es mi vida, ¿no? ¿Y si lo que cuentas de mí no me gusta?

Él – Pues escribe tú las tuyas. Así los lectores podrán comparar y sacar sus conclusiones.

Ella – ¿Qué? ¿Es que crees que no soy capaz de escribir mis memorias?

Él – No he dicho eso.

Ella – Eso es lo que insinúas. Y también que mi vida ha sido mucho menos interesante.

Él – ¿Tu vida? ¡Si llevamos años juntos!

Ella – Sí, pero dices que lo más interesante que te ha pasado fue antes de conocerme.

Él – Quizás sí.

Ella – A mí también me pasaron cosas interesantes antes de conocerte, ¿sabes?

Él – ¿Ah sí? ¿Cómo qué, por ejemplo?

Ella – Ahora mismo no sé decirte, pero estoy segura de que, pensándolo bien...

Él – Ya, ya...

Ella – Eres tú quien quiere escribir sus memorias, has tenido tiempo de pensarlo, yo no.

Él – Pues piensa. Y cuando se te ocurra algo, me avisas. Yo voy a escribir a otra parte, que aquí no hay manera de concentrarse.

Se levanta.

Ella – Concentrarte, pobrecito... *(Mira la hoja que ha dejado sobre la mesa y lee.)* «Memorias de un asesino a sueldo»... ¿Y esto?

Él – Es el título.

Ella – Pero tú no eres un asesino a sueldo.

Él – Pues sí.

Ella – ¿Durante todos estos años que hemos vivido juntos, eras un asesino a sueldo?

Él – Pues sí.

Ella – Yo creía que eras fontanero.

Él – Eso era una tapadera...

Ella – ¿Y hay más cosas así que no me has contado?

Él – Solo tendrás que leer mis memorias...

Ella – Claro... ¡Y tú las mías!

Él se marcha. Ella ocupa su sitio, saca papel y bolígrafo y se queda pensando.

Ella – A ver, ¿por dónde empiezo? Ah, ya está... «Memorias de una escort»...

Se pone a escribir.

11. Lola

Un personaje espera sentado a una mesa. Llega otro con gafas de sol y se dirige a él.

Uno – Ser o no ser...

Dos – Esa es la pregunta.

Uno – «Esa es la cuestión».

Dos – ¿Cómo dice?

Uno – «Ser o no ser, esa es la cuestión».

Dos – Ah, sí...

Uno – Siéntese.

El otro se sienta.

Dos – De todos modos, me parece una contraseña un poco tonta.

Uno – ¿Y por qué?

Dos – Cualquiera conoce la continuación.

Uno – Cualquiera menos usted, por lo visto.

Dos – No sabía que los asesinos a sueldo fueran tan puntillosos con Cervantes.

Uno – Es de Shakespeare.

Dos – De acuerdo...

Uno – Le escucho.

Dos – Quisiera hacer desaparecer a alguien.

Uno – Para eso suelen llamarme. ¿Cómo se llama la persona?

Dos – Lola.

Uno – ¿Lola?

Dos – Es una perra.

Uno – Bueno, eso no es asunto mío...

Dos – No, quiero decir que es una perra de verdad.

Uno – ¿Una perra? ¿Un animal?

Dos – Sí. Una perra. La hembra del perro.

El otro se levanta para irse.

Uno – Lo siento, pero tenemos una ética profesional. Nunca matamos animales.

Dos – Espere... Le ofrezco el doble.

Intrigado, el otro se sienta de nuevo.

Uno – Pero ¿por qué quiere matar a esa pobre criatura?

Dos – Si la conociera, no diría «pobre criatura», créame.

Uno – Cuénteme...

Dos – Era la perra de mi esposa.

Uno – ¿Era?

Dos – Ella murió.

Uno – ¿La perra?

Dos – ¡Mi esposa!

Uno – Lo siento.

Dos – No lo sienta... Fui yo quien la mató.

Uno – Y... ¿por qué, si se puede saber?

Dos – En realidad... fue más bien un accidente.

Uno – ¿Un homicidio involuntario?

Dos – Digamos... un acto fallido.

Uno – Entiendo.

Dos – Estábamos paseando los tres junto a un acantilado y...

Uno – ¿Los tres?

Dos – Con Lola.

Uno – Ah, claro...

Dos – Le di un empujoncito, sin querer. Perdió el equilibrio y cayó al vacío.

Uno – ¿Y no tuvo problemas con la policía?

Dos – La policía, no. Pero Lola vio todo. Y desde entonces...

Uno – ¿Qué?

Dos – Me mira.

Uno – ¿Lo mira?

Dos – Con una mirada acusadora.

Uno – Entiendo.

Dos – ¿Conoce la historia de Caín? A veces parece que hasta los muertos nos vigilan desde la tumba.

Uno – Me suena, aunque la Biblia no es precisamente mi libro de cabecera.

Dos – Pues a mí me pasa eso con Lola. Se pasa el día mirándome fijamente. Es insoportable.

Uno – Entiendo.

Dos – No creo que pueda entenderlo. Si esto sigue, acabaré haciendo una tontería.

Uno – Podría deshacerse de ella usted mismo. Al fin y al cabo, ya mató a su mujer.

Dos – Sí, pero tengo miedo.

Uno – ¿Miedo?

Dos – Hay algo sobrenatural en todo esto. No es un simple animal. Es...

Uno – ¿Qué?

Dos – Esa mirada... La mirada de Lola... Es la de mi mujer.

Pausa.

Uno – Ha conseguido ponerme los pelos de punta. Y eso que, con mi oficio, he visto de todo...

Dos – Deshágase de Lola, se lo ruego.

Uno – Lo siento, pero la reencarnación no entra en mis servicios.

Dos – ¿Entonces qué será de mí?

Uno – No sé... ¿Un perro?

Se levanta y se va. El otro se queda en silencio un momento.

Dos – ¿Un perro...? Guau... Guau, guau...

12. Firmas

Un hombre y una mujer están sentados a una mesa de cara al público, con sendas pilas de libros, como en una firma de ejemplares. El libro de él se titula «Memorias de un asesino a sueldo» y el de ella «Memorias de una escort».

Él – Al menos podrías haber elegido otro título...

Ella – ¿Por qué yo?

Él – ¡Porque yo sí que fui asesino a sueldo!

Ella – ¿Y tú qué sabes? A lo mejor yo también fui escort...

Él – Claro, claro...

Ella – ¿Y qué pruebas tengo yo de que fuiste de verdad un asesino a sueldo?

Él – Además, la idea de escribir las memorias se me ocurrió primero a mí.

Ella – Ya veremos cuál de los dos vende más libros.

Pausa.

Él – De momento, no hay mucha gente...

Silencio.

Ella – ¿Al menos lo has leído?

Él – ¿Qué?

Ella – ¡Mi libro!

Él – No. No pensarás que encima voy a comprártelo.

Pausa.

Ella – Toma, te lo regalo.

Él – Menudo regalo. Si tampoco se vende...

Ella – Mira, hasta te lo dedico.

Escribe unas palabras en la portada y firma. Él toma el libro y lee la dedicatoria.

Él – Qué detalle...

Ella – Es lo que pienso. ¿Y tú?

Él – ¿Yo qué?

Ella – ¿Me dedicas tu libro?

Él toma uno de sus libros, escribe una dedicatoria y se lo entrega. Ella lo abre.

Ella – Qué bonito...

Él – Pero yo no lo pienso... *(Ella frunce el ceño.)* ¡Que sí, mujer, que sí!

Cada uno se pone a leer el libro del otro.

Ella – Qué curioso. Después de tantos años viviendo juntos, parece que hemos vivido dos vidas distintas.

Él – Es exactamente la impresión que tengo yo...

Ella – La tuya parece apasionante.

Él – No tanto como la tuya.

Ella – Hemos compartido una vida apasionante... Solo que no era la misma.

Él – Por lo menos tendremos de qué hablar hasta el final de nuestros días.

Ella – Sí...

Música.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos

Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2

Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3

13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4

Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6

Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más

A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)

A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
¡Espera, mariposa!
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual. Toda falsificación es punible con condena de hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Octubre de 2024

ISBN 978-2-38602-272-2

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.